

LA UNIDAD CATÓLICA

PERIÓDICO SEMANAL

ÓRGANO DE LA ASOCIACION DE CATÓLICOS

POR LOS

SRES. AGUILÓ, MAURA (D. JUAN) Y MAURA (D. MIGUEL),

CON LA COLABORACION

DE LOS

SRES. QUADRADO, LAFUENTE, MUÑOZ Y GARNICA,
VIVES, Y RUBIÓ.

TOMO IV.

PALMA.

Imprenta de Felipe Guasp y Vicens.

1873.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

REPORT OF THE COMMITTEE ON THE PROGRESS OF PHYSICS

FOR THE YEAR 1954

CHICAGO, ILLINOIS

1954

PRINTED BY THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILLINOIS

PHYSICS DEPARTMENT

CHICAGO, ILLINOIS

1954

ÍNDICE DEL CUARTO TOMO.

La inicial del apellido de los escritores marca sus respectivos artículos, como la A. los del Sr. Aguiló, mas para distinguir a los Sres. Maura se añade la inicial de su nombre. El apellido de los colaboradores se pone entero. Los artículos copiados se marcan con asterisco.

	Pag.		Pag.
NÚM. 157.		NÚM. 170.	
Dios ante la revolucion.—M. M.	1	La mision del respeto.—M. M.	105
Tercer paralelo entre el clero católico y el protestante, bajo el punto de vista de la caridad; 1.ª parte, §. 1.—RUBIÓ.	3	Intervencion del pueblo y del poder seglar en las antiguas elecciones de obispos, art. I.—VIVES.	108
Crónica	6	Crónica.	110
Extracto de las conferencias de la asociacion: <i>la igualdad regida por la moral cristiana</i> , por el Sr. O'Neill.	7	Extracto de las conferencias: <i>reciproca influencia de la religion y la literatura</i> , 8.º disc. por el Sr. Aguiló.	111
NÚM. 158.		NÚM. 171.	
El simbolo de las negaciones.—J. M.	9	Triunfos de la sociedad de S. Vicente de Paul, art. I.—A.	113
El clero; art. I, sus deberes religiosos.—M. M.	11	Intervencion del pueblo y del poder seglar en las antiguas elecciones de obispos, art. II.—VIVES.	115
*Práctica, práctica! (<i>Revista popular de Barcelona</i>).	13	*Cervantes esclavo del S.ºmo. Sacramento, por don Aureliano Fernandez Guerra.	117
Crónica.	14	Crónica.	120
NÚM. 159.		NÚM. 172.	
Jesucristo, art. I.—A.	17	Triunfos de la sociedad de S. Vicente de Paul, art. II.—A.	121
Tercer paralelo entre el clero católico y el protestante; 1.ª parte, §. II.—RUBIÓ.	21	El clero: art. IV, su independenciam del estado.—M. M.	122
Crónica.	23	Sinodo diocesano en Jaen.	127
Extracto de las conferencias: <i>la propiedad</i> , 4.º discurso por el Sr. Sampol.	24	Crónica.	128
NÚM. 160.		NÚM. 173.	
Jesucristo, art. II.—A.	25	El gran problema del siglo, art. V.—J. M.	129
Oracion de Jeremias, traduccion en verso.—A.	29	Sermon predicado en la inauguracion del sinodo de Jaen por D. M. MUÑOZ Y GARNICA.	133
Crónica.	30	Crónica.	136
Extracto de las conferencias: <i>el magisterio de la Iglesia</i> , 2.º discurso por D. Magin Vidal Pro.	32	NÚM. 174.	
NÚM. 161.		La mision del abandono.—M. M.	137
Ó resurreccion ó transformacion.—A.	33	Sermon predicado en la inauguracion del sinodo de Jaen por D. M. MUÑOZ Y GARNICA (<i>conclusion</i>).	140
Llamada y tropa; carta XVII.—V. LA FUENTE	36	Crónica.	143
Crónica.	39	NÚM. 175.	
Concierto musical; las <i>siete palabras</i> de Mercadante.	40	El siglo de las luces.—A.	145
NÚM. 162.		Protesta del papa acerca de la supresion de las órdenes religiosas	148
El gran problema del siglo, art. I.—J. M.	41	Crónica.	151
Tercer paralelo entre el clero católico y el protestante; 1.ª parte, §. III.—RUBIÓ.	44	NÚM. 176.	
Propaganda.—M. M.	46	Las luces del siglo.—A.	153
Crónica.	48	El clero: art. V, su celibato.—M. M.	156
NÚM. 163.		Crónica.	159
Mis tristezas.—QUADRADO	49	NÚM. 177.	
El clero: art. II, su influencia social.—M. M.	52	Las revoluciones, art. I.—J. M.	161
Crónica.	55	*Defensa de la asociacion de S. Vicente contra Romero Ortiz, por D. Pedro de Madrazo.	165
NÚM. 164.		Crónica.	168
El gran problema del siglo, art. II.—J. M.	57	NÚM. 178.	
Palabras notables de su santidad.	60	Las Martas y las Marías.—M. M.	169
Exposicion del arzobispo de Valladolid sobre el pase regio y la agencia de preces.	61	*Defensa de la asociacion de S. Vicente, por D. Pedro de Madrazo (<i>conclusion</i>).	172
Crónica.	63	Crónica.	175
Extracto de las conferencias: <i>la fraternidad regida por la moral católica</i> , por el Sr. O'Neill.	id.	NÚM. 179.	
NÚM. 165.		Las revoluciones, art. II.—J. M.	177
El pueblo paga y el clero no cobra.—VIVES.	65	*Réplica en defensa de la asociacion de S. Vicente, por D. Pedro de Madrazo.	180
Tercer paralelo entre el clero católico y el protestante; 2.ª parte.—RUBIÓ.	68	Crónica.	182
Crónica.	70	NÚM. 180.	
NÚM. 166.		Las banderas, art. I.—A.	185
El gran problema del siglo, art. III.—J. M.	73	Pastoral del obispo de Orleans sobre las constituciones dogmáticas del concilio.	188
Crónica.	77	Crónica.	190
Extracto de las conferencias: <i>reciproca influencia de la religion y la literatura</i> , 7.º disc. por el Sr. Aguiló.	79	NÚM. 181.	
NÚM. 167.		Las banderas, art. II.—A.	193
La humildad y la caridad.—A.	81	*Una tabla de salvacion (extracto de un folleto): §. I, la gravedad de la situacion.	196
Los huémos y los malos; carta XVIII.—V. LA FUENTE.	83	Crónica.	200
*La piedad. (<i>Revista popular de Barcelona</i>)	86	NÚM. 182.	
*El cumpleaños del papa (<i>Idem.</i>)	87	Enseñanza, art. I.—M. M.	201
Crónica.	88	*Una tabla de salvacion: §. II, nuestro deber ante la situacion.	204
NÚM. 168.		Crónica.	207
La mision del desprecio.—M. M.	89	NÚM. 183.	
Tercer paralelo etc., 2.ª parte, conclusion.—RUBIÓ.	92	La religion y los partidos políticos.—J. M.	209
Crónica.	95	*Una tabla de salvacion: §. III, medios para hacer frente a la situacion.	212
Extracto de las conferencias: <i>la secularizacion de la enseñanza</i> , por D. Miguel Maura.	96	Crónica.	216
NÚM. 169.			
El gran problema del siglo, art. IV.—J. M.	97		
El clero: art. III, sus relaciones con el estado.—M. M.	101		
Crónica.	103		

	NÚM. 184.	Pag.
Enseñanza, art. II.—M. M.	217	
Jesucristo: estudios críticos é históricos acerca de su divinidad; art. I.—A.	220	
*Desórdenes de Belfast en Irlanda (<i>Revista Popular</i>).	222	
Crónica.	223	
	NÚM. 185.	
Enseñanza, art. III.—M. M.	225	
Jesucristo: estudios críticos é históricos acerca de su divinidad, art. II.—A.	228	
*Bismark y los católicos alemanes (<i>Pensamiento Español</i>).	230	
Crónica.	231	
	NÚM. 186.	
Reflexiones sueltas.—J. M.	233	
Jesucristo: estudios críticos é históricos acerca de su divinidad, art. III.—A.	236	
Crónica.	238	
	NÚM. 187.	
Enseñanza, art. IV.—M. M.	241	
El convento de las Batuecas.—QUADRADO.	245	
Crónica.	247	
Bibliografía: sermones con motivo de las presentes calamidades, por Muñoz y Garnica.	248	
	NÚM. 188.	
El vigor probado por los ataques.—A.	249	
¿No hay esperanza de salvacion? fragmentos de Balmes, Cantú, Nicolás, Gratry y Maistre.—J. M.	252	
*Las fiestas y los festejos. (<i>Revista popular</i>).	254	
Crónica.	255	
	NÚM. 189.	
Enseñanza, art. V.—M. M.	257	
*La prensa, artículo de Balmes.	260	
Santificación de los domingos: exposicion de los dependientes del comercio de Jaen.	263	
Crónica.	264	
	NÚM. 190.	
La política interesada, art. I.—A.	265	
La rueda de la fortuna en Jaen, año 1473; estudio histórico.—MUÑOZ Y GARNICA.	268	
Fragmentos del concilio de Nicea.	270	
Crónica.	271	
	NÚM. 191.	
El trabajo bajo el punto de vista filosófico y religioso, art. I.—J. M.	273	
Jesucristo: nueva serie, art. I.—A.	276	
Exposicion de los prelados reunidos en Zaragoza contra el proyecto de dotacion del clero.	279	
	NÚM. 192.	
A la memoria de D. Manuel de la Pezuela marqués de Viluma presidente general de la asociacion de Católicos.—QUADRADO.	281	
Jesucristo: nueva serie, art. II.—A.	285	
Crónica.	287	
	NÚM. 193.	
La política interesada, art. II.—A.	289	
Reflexiones filosóficas sobre el alma humana.—J. M.	292	
*Paráfrasis en verso del cap. XIV de Job <i>Homo natus de muliere</i> , por D. P. Madrazo.	294	
Crónica.	295	
	NÚM. 194.	
El trabajo, art. II.—J. M.	297	
Jesucristo: nueva serie, art. III.—A.	300	
*Dia de difuntos: último escrito de Aparici.	302	
Crónica.	303	
	NÚM. 195.	
La política interesada, art. III.—A.	305	
Pastoral de mons. Dupanloup con motivo de las rogativas públicas prescritas por la asamblea de Francia.	308	
Extracto de las conferencias de la asociacion: <i>existencia de Dios</i> , por D. M. Maura.	311	
	NÚM. 196.	
El trabajo, art. III.—J. M.	313	
Jesucristo: nueva serie, art. IV.—A.	316	
Crónica.	319	
Extracto de las conferencias: <i>desgracia de las naciones hostiles á Cristo</i> , por D. Sebastian Font Pro.	320	

	NÚM. 197.	Pag.
La conciencia —M. M.	321	
Jesucristo: nueva serie, art. V.—A.	324	
*El acto de fe nacional (<i>Revista Popular</i>).	326	
Crónica.	327	
Extracto de las conferencias: <i>perfecciones de Dios</i> , por D. M. Maura.	328	
	NÚM. 198.	
El trabajo, art. IV.—J. M.	329	
Jesucristo: nueva serie, art. VI.—A.	332	
*A Maria inmaculada, poesia, por COLL Y VEHÍ.	335	
Crónica.	id.	
Extracto de las conferencias: <i>funcion en honor de la Concepcion de Maria</i> .	336	
	NÚM. 199.	
El yugo de los partidos.—A.	337	
*La noche de navidad, costumbres populares, por Fernan Caballero.	341	
Crónica.	343	
	NÚM. 200.	
La cuna del niño Dios.—M. M.	345	
*La noche de Navidad, por Fernan Caballero, (<i>conclusion</i>).	349	
Extracto de las conferencias: <i>deberes del hombre para con Dios</i> ; por D. M. Maura	352	
	NÚM. 201.	
El año nuevo.—A.	353	
*El dia de Reyes, 2.ª parte de la Noche de Navidad, por Fernan Caballero.	355	
Crónica.	359	
Noticias de la Asociacion de Católicos.	360	
	NÚM. 202.	
Libertad de cultos, art. I.—A.	361	
Ricos y pobres.—M. M.	363	
Alocucion de su santidad en el consistorio de 23 de diciembre de 1872	365	
Crónica.	367	
Cuarto aniversario de la instalacion de la Sociedad en Palma.	368	
	NÚM. 203.	
Una consecuencia inevitable —J. M.	369	
Jesucristo: nueva serie, art. VII.—A.	372	
Crónica.	374	
	NÚM. 204.	
Libertad de cultos, art. II.—A.	377	
A la memoria de D. Joaquin Roca y Cornet.—QUADRADO.	380	
Crónica.	382	
Extracto de las conferencias: <i>la libertad humana</i> , por D. Miguel Coll Pbro.	384	
	NÚM. 205.	
Dos corrientes opuestas.—J. M.	385	
A la memoria de D. Joaquin Roca y Cornet (<i>conclusion</i>).—QUADRADO.	387	
Crónica.	390	
Extracto de las conferencias: <i>armonia de las clases sociales</i> , por el Sr. Massanet.	391	
	NÚM. 206.	
¿Qué es el catolicismo? art. I.—A.	393	
Jesucristo: nueva serie, art. VIII.—A.	396	
Crónica.	398	
Extracto de las conferencias: <i>Las virtudes cristianas justificadas ante el mundo</i> , por D. M. Maura.	400	
	NÚM. 207.	
Elementos heterogéneos —J. M.	401	
Jesucristo: nueva serie, art. IX.—A.	404	
Crónica.	406	
Extracto de las conferencias: <i>las virtudes cristianas</i> , continuacion del tema anterior, por D. M. Maura.	407	
	NÚM. 208.	
¿Qué es el catolicismo? art. II.—A.	409	
A nuestros lectores, despedida de la REDACCION.	412	
*La historia del diluvio, escrita en ladrillo, (<i>Propaganda católica</i>).	413	
Crónica.	414	
Extracto de las conferencias: <i>la voz de Dios</i> , por don Bartolomé Florit Pro.	416	

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

DIOS ANTE LA REVOLUCION.

Quien con serena mirada esté observando lo que pasa al rededor de nosotros, no puede menos de percibir como el genio revolucionario vá por sus pasos empujando las sociedades hácia el borde de un abismo. Este abismo es la negacion de Dios.

Hoy se derriba un templo, y queda convertido en escombros. Mañana la morada de las vírgenes del Señor queda trasformada en fábrica ó en oficina.

Un dia amanece con un decreto de persecucion contra el clero: otro anochece con un decreto de incautacion de sus bienes.

Ya se abre la cátedra á la impiedad para que predique sus errores; ya se abre el teatro á licencia para que propale sus escándalos.

Ora es la tribuna la que vomita imprecaciones y sarcasmos contra las creencias veneradas de nuestros padres: ora es la prensa la que lleva el eco repugnante de estas imprecaciones hasta los últimos ángulos de la patria infortunada.

Tan pronto es la autoridad la que quita de sus unguidas sienas la diadema y la arroja á los piés del populacho: tan pronto son los códigos los que se lavan del sello divino, como de una marca de ignominia: tan pronto es el pueblo el que niega á Dios la obediencia, para darla al dictador ó al tribuno.

Á un mismo tiempo se borra el nombre de Dios de la moneda para que no presida en los

contratos, y de la ley para que no presida en los tribunales.

Hasta el nacimiento del hombre y su muerte, estos grandes misterios de la naturaleza que imponen respeto á la filosofía mas descreida, han sido profanados.

La ley del matrimonio civil ha tenido la impudencia de velar el rostro á los hijos que Dios bendice, y de presentar ante la sociedad estupefacta á los hijos del crimen, lavando con la esponja de un decreto la mancha de su ignominia.

La ley de la secularizacion de cementerios se prepara á conmover las tumbas de nuestros padres y entristecer sus huesos, que descansan en paz esperando la resurreccion futura.

Así el genio de la revolucion persigue á Dios, y olvida que persigue al invisible, y que intenta herir al impalpable.

Pobres ciegos! Si no creéis en Dios ¿á qué perseguirlo con saña pueril? Y si creéis en Dios ¿cómo no ver que desde lo alto de su cielo se burla de vuestra saña?

Al ver los planes y conatos de la revolucion, al observar sus temores, sus recelos, sus sobresaltos, cualquiera adivina que la idea, la presencia de Dios es lo que la tortura y atormenta, lo que roe y devora sus entrañas, como el buitre de Prometeo.

Infelices! ¿á dónde ireis que la presencia de Dios no os anonade?

Si esplayais los ojos en esta creacion esplendorosa, si observais las leyes que rigen los

cuerpos desde el vuelo del insecto hasta el curso del astro luminoso, ahí está Dios: vedle. Ved á este Dios, cuyo nombre se halla escrito en las cifras de las estrellas, cuya mirada ilumina la creacion con torrentes de luz, cuya mano saca del seno fecundo de la madre tierra los tesoros de la produccion mas variada, cuya magestad cabalga sobre las nubes vertiendo la lluvia bienhechora ó lanzando rayos de esterminio, cuyo poder pasea los anchos mares levantando al cielo las bravas olas ó estrellándolas contra el dique de arena.

Cerrad los ojos, y poneos á considerar el fondo de vuestro ser: ved como germinan las ideas en el campo de la mente, y en el campo del corazon las pasiones. Oh! yo siento en mí á Dios, á este Dios que refleja en mi ser una imágen de su divinal hermosura. Yo siento en mí á este Dios poderoso, que compendia en mi cuerpo las maravillas de todos los cuerpos; á este Dios sabio, que en una sola idea me dá el gérmen de todas mis ideas; á este Dios bueno, que en un solo sentimiento purísimo me exprime la esencia de todos mis puros sentimientos. El hombre siente en sí á Dios, y por esto naturalmente cree, espera, ama, adora; por esto trasforma en templo su cuerpo, su alma en santuario, su corazon en altar.

Dios no solo refleja su grandeza en las magnificencias de la creacion; no solo deja sentir su presencia en el fondo de nuestro ser, sino que señala las vicisitudes de los tiempos con la huella de su paso. Consultad los oráculos de la antigüedad; evocad de la tumba de los siglos caudillos y reyes, leyes y costumbres, imperios y pueblos, y vereis como Dios ilumina el campo oscuro de la historia con el brillo de su nombre, como pasea su gloria por entre los imperios que se derrumban y los pueblos que se regeneran: le vereis como bendice la infancia candorosa de las sociedades, y prospera los viriles esfuerzos de su juventud austera, y decreta su esterminio cuando en vergonzosa decrepitud dormitan en brazos del placer.

Ah! donde quiera nos vo vamos, siempre una misma idea oscila en nuestra mente como

una llama; siempre un mismo sentimiento se exhala de nuestro corazon como un perfume; siempre una misma palabra vibra en nuestros labios como una nota cadenciosa; esta idea, este sentimiento, esta palabra es Dios.

Yo tomo en mis manos el ala de un mosquito; y al ponerme á meditar, siento que esta ala leve oprime mis manos con todo el peso de Dios.

En su estructura admirable, en su sabia proporcion con el peso y la fuerza del volador insecto, en la manera como se ha desarrollado de su gérmen, en la cadena de seres porque se ha trasmitido desde que al eco de la palabra creadora este ser diminuto tendió sus alas al sol del nuevo dia, en todo esto descubro un abismo de sabiduría y poder en que mi entendimiento se anonada.

Y si esta criatura liviana confunde nuestra sabiduría, ¡cuán ciega no aparece la humana razon ante la razon divina!

Con todo, el impío intenta sustituir á Dios, no en la creacion del ala de un insecto, no en el régimen del mundo inerte, sino en la direccion de la libre voluntad humana.

Ilusos! ¿comprendeis todo el ridículo de vuestra pretension insensata?

Dirigir la voluntad del hombre sin sugerirla, moderar su libertad sin oprimirla, armonizar sus pasiones, sus tendencias y caprichos de tan delicada manera que de sus encontrados movimientos resulte una marcha ordenada espontaneamente seguida; ved ahí la obra gigantesca que intentan realizar esos pigmeos.

Dios, que con una sola palabra fijó las leyes que rigen al universo, para regir la libertad humana tuvo que emplear todos los recursos de su poder. Cautivó su entendimiento, desplegando en la creacion toda la magestad de su gloria. Sugetó suavemente su voluntad con los lazos de innumerables beneficios. Estimuló su obediencia, entreabriéndole el porvenir y mostrando á sus ávidas miradas una bienaventuranza cumplida. Con todo la humana libertad desbarató el plan divino, y para reponerlo en parte, ha sido ne-

cesario que Dios se nos mostrara sobre la cruz, y que con ensangrentados brazos abrazase al hombre rebelde y le forzase amorosamente á tomar sobre sí su yugo suave y su carga ligera. Y vosotros, los hijos del polvo, ¿pretendeis sustituir á Dios y arrebatarse de sus manos adorables las riendas con que rige á los mortales?

Vosotros sin nombre, sin prestigio, sin poder, sin consejo, ¿pretendeis reemplazar sus obras con vuestras huecas palabras, sus esperanzas inefables con vuestras mentidas promesas, su sabiduría increada con vuestra desapoderada ignorancia, su poderío incontrastable con vuestro poder ilusorio?

A no ser tan descomunales vuestra ceguera y vuestra torpeza, no os fuera tan desconocida vuestra impotencia.

No os fuera desconocido que vosotros podeis destruir, pero no edificar; podeis prometer, pero no cumplir; podeis dividir, pero no atraer; podeis seducir, pero no ilustrar; podeis empujar las masas, pero no dirigir las; podeis en fin arrojar la tea, pero no impedir que del comun incendio seais vosotros las primeras víctimas.

Para apreciar todo el estrago de vuestras deletéreas doctrinas fuera preciso que la conciencia humana se olvidase completamente de Dios. Entonces, cuando el genio revolucionario cubriera el sol del mundo moral con sus pavorosas alas, nos veríamos envueltos en lóbrega noche, y en medio de las tinieblas oiríamos el choque horrible de las pasiones desencadenadas que convertirían el mundo en un monton de escombros.

Ahora á pesar vuestro la humanidad no se ha olvidado de Dios: cuando vosotros mandais, obedece en vosotros á una cosa que no sois vosotros. Por esto los trastornos que lograis producir, son fugaces y pasajeros.

Pero esos fugaces y pasajeros trastornos harto claro hablan á los que quieren escuchar su lenguaje. A la luz de vuestras teas ven hasta los ciegos.

Gran maestro es la esperiencia: ella nos dice que sin Dios la ciencia es ciega y la moral impotente.

Sin Dios la propiedad no es mas que un hecho, la justicia un nombre, la virtud un absurdo.

Sin Dios el cielo es un bello fantasma, y la tierra una realidad tristísima.

Sin Dios toda la gloria del hombre sale del polvo, y se eclipsa en el sepulcro.

Sin Dios el hombre rompe la cadena que lo une al cielo, y toma la cadena que lo sujeta á la carne.

Sin Dios el hombre abdica su dignidad, y se compara con el bruto, reservándose el triste privilegio de la duda, de los remordimientos, de las ansias devoradoras.

Esta es la obra de la revolucion enemiga de Dios.

Afortunadamente el hombre puede luchar con Dios y resistirle, mas no vencerle. El hombre puede desfigurar la obra de Dios, mas no destruirla.

El hombre puede disipar los dones del cielo; pero al fin de sus desórdenes ese misero pródigo ó tiene que perecer de hambre, ó volver á los brazos de su Padre.

MIGUEL MAURA PRO.



TERCER PARALELO

ENTRE EL CLERO CATÓLICO Y EL PROTESTANTE (*).

¿CUAL POSEE EL VERDADERO ESPÍRITU DE LA CARIDAD?

I PARTE.

EL CLERO CATÓLICO EN EL EJERCICIO DE LA CARIDAD.

§. I.

Desde el principio de la Iglesia hasta el siglo XVI.

La caridad cristiana nació realizando la que es y será siempre la mas noble aspiracion de los corazones que aman, haciendo que no hubiese pobres dentro del círculo de su accion. «Y no habia ningun necesitado entre ellos (los primitivos fieles), dice el autor de los hechos de los apóstoles, porque se daba á cada uno en proporcion de lo que habia de menester... Y cuantos poseian campos ó casas las vendian, y traian su precio y lo ponian á los piés de los apóstoles.»

(*). Véase el primer paralelo en el núm. 78 de la UNIDAD t. II p. 201, y el segundo en el núm. 102 pag. 395 del mismo tomo y en los núm. 113 y 115 pag. 68 y 83 del tomo III.

A fin de mejor atender al socorro de los pobres, los mismos apóstoles, convirtiendo esta ocupación en un ministerio sagrado, establecieron siete varones llenos de los dones del Espíritu Santo, á quienes con el título de *diáconos* destinaron al servicio de los menesterosos. Y como la mujer regenerada por la fé se asociaba á los triunfos y á los sufrimientos de la naciente Iglesia, y á la par de los animosos varones daba su sangre por confesar á Jesucristo, no tardó en ser llamada á compartir con los hombres las obras de caridad, viéndosela con el título de *diaconisa* abandonar su tranquila morada para consagrarse al alivio de los desgraciados, practicar los deberes de una santa hospitalidad, y dedicarse con infatigable celo á todas las obras de misericordia.

Ya en tiempo del papa Cornelio (252) y en medio de las persecuciones la Iglesia de Roma alimentaba á mil quinientos enfermos, viudas y pobres, sin contar los socorros que enviaba á los indigentes de las demás iglesias. San Justino refiere en su célebre *Apología* que «los cristianos, despues de haber comido el pan eucarístico, se apresuraban á hacer una colecta para los pobres, los huérfanos, las viudas, los ancianos y los enfermos.»

En el siglo IV la caridad cristiana habia fundado ya, así en Oriente como en Occidente, multitud de edificios destinados unos á servir de asilo á los que viajaban con un objeto piadoso, como el de visitar los lugares santificados con la presencia del Salvador ó por la sangre de algun mártir ilustre, otros á dar acogida y curar en ellos á los enfermos. Aquellos primeros monumentos de la caridad cristiana que llevaban los nombres, para las sociedades paganas desconocidos, de *xenodochium* ó asilo para los peregrinos, *nosocomium* ú hospital para los enfermos, *gerontocomium* ó casa de retiro para los ancianos, *orphanotrophium* ú hospicio para los huérfanos, etc., como desconocido era en la tierra el nombre de la virtud á cuya benéfica sombra nacian y se desarrollaban, aquellos mas antiguos y venerandos monumentos de la caridad, sobrevivieron á la invasión de los bárbaros, y hasta se multiplicaron en medio de los desastres por ella ocasionados. Al milagro de caridad de la conversión de los pueblos idólatras que dieron en tierra con el coloso romano, sucedió el de la fundación de establecimientos de beneficencia y de institutos religiosos, encargados de atenuar los horrores, debilitar los estragos y remediar los males que á consecuencia de aquel choque espantoso debian derramarse á manera de torrentes desbordados sobre la faz de la tierra. A la Iglesia de Jesucristo no tan solo le cabe la gloria de haber

sometido al dulce yugo de la fé á godos y alanos, francos y alemanes, sajones y normandos, gépidos y lombardos, sino de haberlos convertido en instrumentos de civilización, y sobre todo en auxiliares celosos de su misión caritativa. En los pueblos hollados y sometidos por los invasores germanos erigieron estos á porfía, apenas hubieron depuesto á los piés del misionero católico su hacha de dos filos y su tea incendiaria, hospicios y hospitales y multitud de conventos, cada uno de los cuales, á la vez que asilo para los que huían de las tempestades de mundo, era centro de luz y foco de amor para los atribulados pueblos. Contiguo á la basílica, al lado del palacio episcopal y unido al monasterio, levantábase ó el asilo para el peregrino, ó el hospital para el enfermo, ó el hospicio para el huérfano ó el anciano, ó todas estas cosas á la vez.

Desde el siglo V hasta el XI y XII multiplícanse donde quiera los establecimientos caritativos, y en especial los hospitales, y como que rivalizan reyes y obispos, barones y municipios en levantarlos. Los papas dan el ejemplo, y parece que toman á pechos no ser vencidos en este terreno. Y al igual de lo que aconteció en los primeros siglos del cristianismo, y por ventura con mas razón que entonces, á medida que aumentan los establecimientos piadosos, se dividen segun el objeto para que se los destina. Bajo Carlomagno y sus sucesores se encuentran ya mencionadas cinco clases diferentes de asilos, á saber, para los pobres válidos, para los enfermos, para los huérfanos, para los ancianos y para los niños.

Contábanse ya por miles los hospitales en Europa, cuando en los siglos XI y XII las dos nuevas y terribles enfermedades del *fuego de san Antonio* y de la *lepra* vinieron á provocar como un nuevo desbordamiento de caridad; y no tan solo se formaron asociaciones especiales para atender á la curación de los que eran víctimas de aquellas terribles dolencias, sino que en atención al carácter contagioso de la lepra se crearon establecimientos únicamente destinados á recoger á los que padecian de este mal y á quienes arrojaba la sociedad de su seno. Mas de 19,000 de estos hospitales contábanse, segun Mathieu Paris, en el siglo XIII en que él escribia, de los cuales mas de 2,000 pertenecian á la Francia. ¿Qué hubiera sido de los millares de infelices que encontraban en aquellos asilos esmerado trato y corazones compasivos para aplicarles los remedios que la ciencia prescribia? qué de los innumerables enfermos ó necesitados que hallaban albergue y consuelos en los demás hospitales, á los cuales designaba la ca-

ridad en Francia con el bello y significativo nombre de *casas de Dios* (Hotels Dieu), si por desgracia de la humanidad los enciclopedistas del siglo pasado, que pretendieron monopolizar el dictado de filántropos, hubiesen podido persuadir á nuestros antepasados que era hasta cierto punto una calamidad para el género humano lo que en su ignorancia consideraban como un beneficio?

Desde el siglo IX en que una santa mujer erige en Siena el hospicio *della Scala* para los peregrinos hasta el nuestro, no ha habido ninguno que no haya visto nacer ó desenvolverse uno ó varios institutos religiosos destinados á curar los males generales de la humanidad, los que nacen de ciertas circunstancias particulares, ó los que engendran la falta de amor y la malicia de los hombres.

En el siglo X Bernardo de Meuton, escalando las nevadas cumbres de los Alpes, establece en uno de sus montes, que tomara su nombre, una comunidad de monjes destinados á dar hospitalidad á los que atraviesan aquellas heladas soledades, y á salvar de una manera casi segura á los que sorprendidos en aquellos barrancos por la nieve corren riesgo de quedar sepultados debajo de ella. Calcúlense en diez mil los viajeros que hallan todos los años cariñoso y gratuito asilo en los dos hospicios del grande y pequeño san Bernardo. Mas ¿quién es capaz de calcular el número de ellos que hubieran hallado su sepultura en aquellos desiertos de nieves y de hielos, á no ser por la abnegacion de aquellos mártires de la caridad cristiana? Mártires, sí; porque hoy está demostrado ya que el aire demasiado enrarecido que en aquellas alturas (de 8,000 piés) se respira gasta los aparatos respiratorios, por cuyo motivo raras veces se vive allí mas de diez años. A la confederacion suiza le cabe la triste gloria de haber turbado en nuestros tiempos la tranquilidad de esos piadosos monjes, que lo único que ganan en el servicio no agradecido de sus semejantes es, como dice muy oportunamente Mr. Ducpetiaux, poder preveer la hora de su muerte, tan oculta é incierta al resto de los hombres.

El siglo XI vió nacer una asociacion bajo la advocacion de san Alejo, cuyo objeto era cuidar á los dementes y á los enfermos y prestar los últimos auxilios á los pobres, y la de los religiosos hospitalarios de san Antonio encargados de asistir á los enfermos del terrible mal á que se dió el nombre de este santo, á cuya intercesion se acudia para alcanzar de Dios su remedio.

Fecundísimo en institutos caritativos el siglo XII, además de varias congregaciones de los llamados

Hermanos de la Cruz que se estendieron por Italia, Países Bajos, Bohemia y Moravia, y de otras corporaciones, ya de hombres, ya de mujeres, gobernándose casi todos segun la regla de san Agustin, entre las cuales brilla la célebre orden del *Espíritu Santo* cuyos miembros se consagran al servicio de los hospicios y de los hospitales, vió nacer y florecer las famosas órdenes á la vez caritativas y militares de san Juan de Jerusalem, de los Templarios, de los caballeros Teutónicos y de los de san Lázaro, estos últimos encargados especialmente del servicio de los leprosos, quienes además de los votos generales hacían el de fundar hospitales, en particular para los atacados de aquella enfermedad objeto de asco y de terror para sus semejantes, y de amor y de compasion para aquellos heróicos campeones de la fé y de la caridad cristiana. En este mismo siglo fundáronse en España la orden de los *Canónigos regulares de Roncesvalles*, quienes al igual de los monjes del monte de san Bernardo, se consagraban al servicio de los pobres y de los peregrinos á los cuales daban hospedaje, la de los *Hospitalarios de Burgos*, y por fin, y á imitacion de las que habian nacido en la Tierra Santa durante las cruzadas, las de Calatrava, Alcántara y Santiago, que tan señalados servicios prestaban en la guerra contra los infieles, pródigas de su sangre en los combates, como en favor de los pobres lo eran de su amor y hasta de su vida en los hospitales.

¿Tendremos necesidad de añadir que las mujeres tomaron una parte activa y muy importante en esta santa cruzada de caridad, y que se fundaron, por lo comun bajo la orden de san Agustin, un gran número de congregaciones, muchas de ellas agregadas á las órdenes de caballeros de san Juan, san Lázaro y Santiago, que ora compartian con los hombres el servicio de los enfermos en los hospitales, ora y mas comunmente se encargaban ellas solas de su asistencia? Pero ¿quién que conozca, por poco que sea, á la mujer regenerada por el cristianismo, no sabe que la católica, si es débil por el sexo, es como creyente hasta superior al hombre, ya cuando se trata de verter su sangre por la fé, ya cuando se la pone en ocasion de dar su vida por sus semejantes?

No menos ricos en espíritu de caridad los siglos XIII, XIV y XV, dotaron al mundo de una porcion de institutos, algunos de los cuales, sobreviviendo á la decadencia del sentimiento religioso, á la mayor corrupcion de costumbres, y hasta al espíritu de controversia y de hostilidad al catolicismo y á las órdenes religiosas que debia contribuir á en-

gendar el gran cisma del siglo XVI, han llegado hasta nuestros tiempos. En los albores del XIII, santa Isabel hija de Andrés II de Bohemia instituye en Marburgo una orden justamente célebre, destinada á cuidar á los enfermos en los hospitales y á domicilio, que se extendió por Alemania y Francia, y cuyas religiosas son conocidas en esta última nacion con el nombre de *Sœurs grises*. Inglaterra ve florecer los religiosos hospitalarios de san Juan de Coventry, de san Juan Bautista y de san Leonardo. Francia las órdenes hospitalarias de Beauvais, de la Caridad y de canonesas de santa Catalina. Pero los mayores prodigios de la caridad de aquellos siglos son, si bien no pertenecen al grupo de las órdenes hospitalarias, las mendicantes, cuyos individuos se hacen pobres, no solo para honrar y enseñar á los demás á honrar y á amar la pobreza, sino para pedir á los que puedan dar en favor de los necesitados. Descuellan sobre todas ellas las de los Redentoristas, fundadas por san Juan de Mata y san Pedro Nolasco para arrancar del poder de los infieles á los infelices que yacian aherrojados en sus mazmorras, condenados á los mas horribles tratamientos y de mil maneras tentados á renegar de su religion, valiéndose para ello del oro del rico que iban pidiendo de puerta en puerta, y cuando este no bastaba, dándose ellos mismos en rehenes ó vendiéndose como esclavos á fin de romper las cadenas de sus hermanos, ó mas débiles ó menos firmes en su fe. De heroica califica Voltaire la conducta de esos religiosos; y es que en efecto es el mayor de los heroismos dar hasta la vida por sus semejantes, por una persona desconocida á la cual no nos une ningun lazo de simpatía, á quien acaso no volveremos á ver en nuestra vida, y que no tiene mas derecho á que nos sacrifiquemos por él que el título, vano para el mundo pero sagrado y respetabilísimo para el verdadero creyente, de hermano nuestro en Jesucristo. Se hace subir á 900,000 el número de cautivos, por los padres de la Merced y de la Trinidad arrancados del poder de los infieles. España les debe la salvacion de centenares de millares de sus habitantes, y entre ellos del que mas ha contribuido á su gloria literaria, el inmortal Cervantes. El animoso manco de Lepanto se moriria de vergüenza y de dolor, si viniendo de nuevo al mundo, viera la ingratitud de su patria con aquellos santos varones que tanto habian hecho en favor de sus hijos.

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

CRÓNICA.

En el consistorio de 23 de febrero la santidad de Pio IX queriendo proveer á las necesidades de la Iglesia, se dignó preconizar obispos para las iglesias siguientes:

Iglesia metropolitana de Moilohw (Rusia), para el reverendo D. Antonio Fijalkowski obispo de Kamienieck.

Iglesia metropolitana de Lanciano, con administracion perpétua de la iglesia de Ortona, para el reverendo D. Francisco Petrarca sacerdote de la diócesis de Aversa.

Iglesia metropolitana de Siracusa (Sicilia), para el reverendo D. José Guarino sacerdote de la diócesis de Caltanissetta.

Catedral de Assis (estados-pontificios), para el reverendo D. Pablo de Conti Fabian sacerdote de la diócesis de Gubbio.

Catedral de Sarsina (estados-pontificios), segregada de la iglesia de Bertinoro, para el reverendo D. Tobias Massacci sacerdote de Cesena.

Catedral de Andria, para el reverendo D. Federico María Galdi sacerdote de la diócesis de Salerno.

Catedral de Lucera, para el reverendo D. José María Cotellesa sacerdote de Lanciano.

Catedral de Acerra, para el reverendo D. Jacinto Magliulo sacerdote de la diócesis de Aversa.

Catedral de Policastro, para el reverendo D. José María Cione sacerdote de la diócesis de Nusco.

Catedral de Sessa, para el reverendo D. Rafael Gagliardi sacerdote de la archidiócesis de Cosenza.

Catedral de Conversano, para el reverendo padre Salvador Silvestris sacerdote profeso de la congregacion del Santísimo Redentor.

Catedral de Foggia, para el reverendo padre fray Jeremias Cosenza sacerdote profeso del orden de menores observantes de la archidiócesis de Anzano.

Catedral de Agrigento (Sicilia), para el reverendo don Domingo Turano sacerdote de la archidiócesis de Palermo.

Catedral de Piazza (Sicilia), para el reverendo D. Saverio Gervino sacerdote de Caltagirone.

Catedral de Caltagirone (Sicilia), para el reverendo D. Antonino Morano sacerdote de la diócesis de Noto.

Catedral de Noto (Sicilia), para el reverendo padre fray Benedicto La-Vecchia Guarneri sacerdote profeso de los menores observantes.

Catedral de Secovia (Stiria), para el reverendo padre Fr. Federico de S. José, sacerdote de la diócesis de Piacenza y profeso de la orden de carmelitas descalzos.

Catedral de Borgo del santo sepulcro (Toscana), para el reverendo D. Luis Biscioni Amadori sacerdote de la archidiócesis de Pisa.

Catedral de Cortona (Toscana), para el reverendo D. Juan Bautista Laparelli Pitti sacerdote de la diócesis de Cortona.

Catedral de Montalcino (Toscana), para el reverendo don Rafael Pucci-Sisti sacerdote de la diócesis de Montepuciano.

Catedral de Parma para el reverendo D. Domingo Villa sacerdote de la diócesis de Vicenza.

Catedral de Seyna ó Augustovia (Polonia) reverendo D. Pedro Wierboski sacerdote de la diócesi di Seyna.

Catedral de Teraspol (Rusia), para el reverendo D. Francisco Saverio Luigi Zottmann sacerdote de la [misma diócesis.

Catedral de Amaf de Palestina *in partibus*, para el reverendo D. Ludovico Bartolomeo Brynk sacerdote de la diócesis di Vilna, sufragáneo de Zythomir (Rusia).

Catedral de Elenopoli *in partibus* para el reverendo don Alejandro Casimiro Gintowt, sufragáneo di Ploscko, sacerdote de la diócesis de Samogizia (Polonia).

Catedral de Satala *in partibus*, para el reverendo don Tomas Teófilo Kulinski sacerdote de la diócesis de Kielce Cracovia (Rusia)

Iglesia episcopal de Lidda *in partibus*, para el reverendo D. Enrique Monnier sacerdote de la diócesis de Cambrai.

Catedrales unidas de Isernia y Venafro, para el reverendo D. Antonio Izzo sacerdote de la diócesis de Calvi.

Despues se pidió á su santidad el sacro palio para las iglesias metropolitanas de Mohiloso, Siracusa y Lanciano.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LA IGUALDAD REGIDA POR LA MORAL CRISTIANA.

A la idea de *libertad* vá tan inseparablemente ligada la de *igualdad* á fuerza de ver y oír juntas las dos palabras en banderas y vítores populares, que habiendo tratado de la primera el Sr. O'Neill para demostrarla solo buena y practicable en cuanto se conforma á la divina regla que constituye el verdadero y único principio social, no podia menos de ocuparse en reducir la segunda á la misma norma. Entre los lemas revolucionarios, como notó muy bien, el de igualdad «es el que ha hecho peor fortuna, há representado el papel de imponente en esa caja de Pandora.» De absurdo le acredita el simple espectáculo y mas aun el atento exámen del mundo físico; de absurdo la observacion de las diferencias morales é intelectuales que en el mundo de los espíritus do quiera se descubren. ¿Existe esta desigualdad en la esencia misma de las almas, ó en la influencia del diverso organismo de los respectivos cuerpos á que están unidas en la manifestacion de sus facultades y tendencias? Problema es este que no se atrevió á resolver el orador, pero encontró cierta analogía con el acero, que sin variar su intrínseca condicion se templea y purifica con el fuego y se oxida con la humedad; así el alma, como agente y partícipe á la vez, se degrada y embrutece en un cuerpo abandonado á los instintos de la materia, al par que conserva y aun comunica su pureza al cuerpo bajo el imperio de la conciencia y la razon y mediante el buen uso de sus facultades. De este modo la igualdad de esencia puede alterarse y desaparecer con la desigualdad de accion.

Pasó luego á indicar en qué orden es únicamente posible la existencia y conservacion de la mejor y mas perfecta igualdad. «Yo os preguntaria, dijo, si quereis ser iguales á todos los que son menos que vosotros en facultades intelectuales, en instruccion, en bienes de fortuna, en posicion social, en dotes físicas, en salud, en bienestar y paz doméstica, en cuanto en una palabra puede constituir la felicidad en este mundo? todos direis que no. Si se os preguntase si quereis que todos sean iguales á vosotros? direis tambien que no, porque desde luego comprendereis que careciendo de inferioridad y de superioridad el equilibrio social seria momentáneo. Si se os pregunta si quereis ser todos iguales á los de elevadísima categoría? direis tambien que no, conociendo que esa absurda igualdad caso de ser posible entrañaria en sí tan desastrosas consecuencias, que ningun idioma dispone de palabra bastante fuerte para espresarlas. De consiguiente ¿cómo puede proclamarse una igualdad repulsiva á la sociedad misma y que la disolveria dado que fuera posible ponerla en práctica? cómo puede existir una igualdad en manos de los hombres de condiciones tan distintas? cómo puede existir una igualdad rechazada por Dios en la creacion del universo?»

Con referencia á un distinguido publicista piomontés, el conde Solaro della Margherita, recordó que en ningun pueblo ha dejado de haber débiles y robustos, sabios é ignorantes, ricos y pobres, quien mande y quien obedezca, prueba de que estas distinciones están en la naturaleza de las cosas y no en el capricho de los hombres; que en Esparta la mas democrática de las repúblicas habia libres é *ilotas*, es decir esclavos; que existieron siempre las contiendas entre las clases altas y las bajas, produciendo en todos tiempos revoluciones y ruinas, pero siempre con igual resultado, á saber, que el triunfo del pueblo jamás fué duradero, pasando otra vez á los patricios la autoridad é influencia que no supo conservar; que la superioridad de unas clases respecto de otras nunca pudo ser destruida, y es locura creer que pueda serlo, pues cambiará enhorabuena de condicion y título, pero renacerá, compuesta en último extremo de los mismos adversarios que de seguida anhelan entrar en ella ó crear una que les distinga de aquel pueblo de que se valieron para derrocarla. *Aristocracia* no significa otra cosa en su etimología griega que el dominio de los mejores; y como siempre habrá quienes sean ó se reputen y sean reputados mejores que otros por uno ó por otro concepto, siempre habrá aristocracia de valor ó de talento, de sangre ó de fortuna, hereditaria ó personal. Y esta verdad está tan arraigada en el pueblo, que la reconoce y acepta sin descontento mientras no es engañado por agitadores revolucionarios.

Mas por si este testimonio pareciera recusable por ser de un escritor enemigo de la soberanía del pueblo y defensor del derecho divino, citó las siguientes palabras del famoso Necker, ídolo de los primeros tiempos de la revolucion francesa. «Los nuevos filósofos de la Francia, dice el ministro de Luis XVI, han considerado todas las diferencias y desigualdades como simple producto de un sistema de injusticia y de opresion, y dando el nombre de tiranía á todo lo que hirió su amor propio, quisieron que se considerase como una salvacion el imperio terrible de sus opiniones y de sus principios. Ellos, que se creyeron mas ilustrados que los otros, ellos sin embargo se condujeron como gefes de una horda de bárbaros al destruir todas las pompas del mundo moral, y al provocar la uniformidad por un rebajamiento universal. La igualdad absoluta es mas peligrosa, mas funesta al orden social que la libertad ilimitada; la igualdad perfecta, una vez admitida, una vez establecida, no permite que baje de lo alto alguna luz, y son solamente las pasiones las que dan direccion y movimiento á los espíritus.»

«Supongamos, continuó el orador, que no existe historia ni tradicion alguna, supongamos que pudiera realizarse esa radical destruccion de diferencias morales y sociales, esta igualdad perfecta en facultades y derechos... ¿es posible hacerse cargo de lo que seria la sociedad así constituida en el breve período de su existencia? es posible comprender nivelacion tan monstruosa? Al gran poeta Dante no pudo ocurrírsele tan diabólica idea como insopor-

table martirio para los condenados en el infierno que describe! Los sabios de los primeros tiempos de la ciencia, los grandes hombres de la edad media y de los modernos siglos, Newton descubridor de la gravitación universal, Feijóo sabio enciclopedista, Balmes clarísimo y profundo filósofo, Cervantes gloria de las letras españolas, Quevedo sarcástico poeta inimitable, Guzman tipo de lealtad, Alvarez modelo de defensores, Tomás de Aquino faro brillante en la teología, Francisco de Asis ejemplo de la pobreza, Vicente de Paul fuente de caridad inagotable, Ignacio de Loyola fundador de una orden cuyos estatutos no ha sido necesario modificar ni reformar... esos hombres y millares que pudieran citarse ¿pueden ser iguales á los que viven confundidos en la masa popular, sin distinguirse por un rasgo héroeico, ni por una facultad especial, ni por una virtud notable? El hombre que imantando una aguja de acero ofrece á la navegación la seguridad de llegar á su destino, el hombre que fundiendo letras produce la imprenta, el hombre que encerrando el vapor en una caldera proporciona á la maquinaria un motor potente, el hombre que de una sencilla pila hace salir un flúido eléctrico igual al rayo y sujetándolo á un alambre suprime para las comunicaciones las distancias, el hombre que sobre un precipicio impracticable tiende un puente de hierro, el que corta una tierra y une dos mares, el que perfora una cordillera de elevados montes para que pase la veloz locomotora; el que se encierra en un aparato y baja al fondo del mar, el que fiándose en un cesto de mimbrés hiende las nubes y atraviesa el espacio, ¿esos hombres pueden ser considerados iguales á los que viven en la sociedad, como viven algunas plantas parásitas robando á los árboles la savia que nutre su fruto? ¿Iguales á esos hombres deben ser considerados los que menosprecian, perjudican y destruyen sus esfuerzos, sus inventos y su gloria? ¡La razón y la justicia se sublevarán contra el sentido de esa palabra!»

Pero de lo que se trata, se dirá, es de la igualdad ante la ley. Y bien la ley necesita intérpretes, guardadores autorizados para hacerla respetar, y para este cargo se requieren saber, prudencia, firmeza, rectitud, y no puede alternar en él el hombre vicioso con el honrado é incorruptible: y he aquí ya la igualdad alterada desde el momento de su proclamación. Y luego el castigo que prescribe el código, igual en sí, ¿puede serlo respecto de la sensibilidad y condiciones de aquellos á quienes se aplica? ¿son iguales la pena, el rubor, los resultados de una condena respecto de la familia del reo, para el que delinquirió por primera vez en un ciego arrebató que para el criminal?

Tendió el Sr. O'Neill una ojeada por la sociedad, y no vió en los nuevos demócratas tendencia ni propósito alguno de nivelarse con los de mas abajo, antes bien una afectación de tono é importancia, una sed de condecoraciones, una ambición desmedida, y... regla general! siempre la bandera de la igualdad sirviendo de pisoteada alfombra en las gradas

del poder, donde se asienta la nueva gente elevada á ellas en hombros del pueblo. Sea la heredada nobleza, sea el mérito personal, sea la ola revolucionaria la que encumbra la aristocracia, no se altera la esencia de su principio indestructible y necesario; y al proclamar esa igualdad ficticia, la sociedad se agita solamente dentro del estrecho círculo que le fué trazado, satisfecha con dar otro nombre á lo que intentaba destruir.

«¿Existe, preguntó, la igualdad en alguna cosa? puede decirse que no.—¿Existe en algo un principio de igualdad? puede decirse que sí.—¿En qué orden? dónde? cómo?—Todos vosotros lo sabéis perfectamente: en la moral cristiana, en la doctrina predicada por Jesucristo, Dios y hombre verdadero, redentor y regenerador de la humanidad. En esa doctrina sublime, santa y divina, ante la cual no se reconoce gerarquía alguna, ante la cual el monarca mas poderoso puede valer menos que el súbdito mas infeliz de sus estados, ante la cual el mas feroz tirano importa poco comparándolo con un pobre esclavo, ante la cual el genio mas grande y el mayor talento valdrá muy poco comparado con un rasgo de humilde virtud y caridad modesta, ante la cual la vana pompa de la mundana gloria desaparecerá como un poco de ceniza arrebatada por violento huracán, ante la cual finalmente el mas orgulloso potentado ha de inclinar la cabeza y doblar la rodilla del mismo modo que el harapiento pordiosero, solamente ante esa moral que del mismo modo rigurosamente juzga y condena los hechos públicos y exteriores que las intenciones ocultas é internas, únicamente ante la justicia del supremo juez juzgador de las justicias, solo existe el principio de verdadera igualdad. En solo dos mandamientos se encierra su ley santa, en *servir y amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos*; cumplido esto, el mundo se trasformaría en una especie de cielo. Conociendo su sabiduría infinita que la humanidad no cumpliría su ley, dijo que serian bienaventurados los pobres de espíritu, los mansos, los que lloran etc., pero al predicar su nueva doctrina no niveló las clases, no proclamó igualdad alguna sino ante su tribunal, y en aquellas palabras *dad al César lo que es del César* reconoció y sancionó la autoridad y la gerarquía en el orden social.»

«Donde germina el cristianismo allí se oculta el elemento de igualdad moral que todo lo regula y armoniza con la ley del Criador; donde se desarrolla el cristianismo, allí su benéfica influencia imprime á los hombres un sello de alta dignidad que los hermana; donde el cristianismo impera, solo allí puede gozarse de la verdadera igualdad posible en este mundo.»

De la conferencia de esta noche, que versará sobre el clero, se ha encargado D. Miguel Maura Pro.